



Capítulo 214

En un pequeño claro dentro de un bosque situado en algún lugar del sur de los Reinos Aliados, cinco personas estaban sentadas juntas.

Una reunión formada por cuatro hombres y una mujer.

«Entonces, ¿de verdad vamos a hacer esto?».

«Sí».

La mujer fue la primera en hablar.

Frunció el ceño como si desaprueba la situación, pero el hombre que respondió, Tulman, esbozó una lenta y firme sonrisa.

«Vamos a robar las propiedades del marqués Palatio».

«Por más que lo pienso, esto me parece una locura...».

La mujer expresó su descontento y el hombre que estaba a su lado asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

Sin embargo, Tulman, un hombre con una gran cicatriz en el rostro y líder de la infame organización «Mano Negra» dentro de los Reinos Aliados, volvió a hablar.

«No, lo haremos. No, debemos hacerlo».



«... ¿Incluso si eso significa arriesgar nuestras vidas?».

«Por supuesto».

«¿De verdad hay alguna razón para llegar tan lejos?».

«Por supuesto que sí».

Una sonrisa de confianza se extendió por su rostro.

Mientras los demás ejecutivos lo miraban con escepticismo, Tulman sacó una carta de encargo con una ilustración adjunta y la puso delante de ellos.

«¿Qué es esto?».

«¿Una pulsera?»

Mientras los ejecutivos examinaban lentamente el documento, sus pupilas se dilataban gradualmente.

«... ¡¿Qué?!»

Era natural.

La cantidad de monedas de oro que figuraba en la parte inferior de la solicitud era tan inmensa que superaba su comprensión.



«... ¿Es esto real?».

«Sí. Por si acaso, fui a confirmarlo yo mismo».

«Hemos manejado bastante dinero en nuestra vida, pero esta cantidad... ¿Alguna vez hemos visto algo así? Y lo que es más importante, ¿pueden pagar esta suma?».

«Ya te lo he dicho. Lo he comprobado».

Ante la firme respuesta de Tulman, todos se quedaron boquiabiertos.

¿Esto era... real?

En ese caso...

«Vale la pena arriesgar nuestras vidas por ello, ¿no?».

«Es cierto».

«Si lo piensas bien, ni siquiera es una cuestión de vida o muerte. Solo estamos robando un objeto. ¿Qué más da?».

«Bueno... Se trata del marqués Palatio, lo cual es un poco preocupante...».

El hombre que antes había expresado su oposición junto con la mujer asintió lentamente con la cabeza.



«Para ser sincero, esto es bastante tentador. No es que estemos haciendo otra cosa que robar. Al fin y al cabo, esa es nuestra especialidad».

«Pero, ¿para qué sirve exactamente esta pulsera para que tenga una recompensa tan absurda?».

Una pregunta lógica.

Sin embargo, Tulman la descartó con facilidad.

«¿Acaso importa? Desde nuestra perspectiva, lo único que tenemos que hacer es entregar el artículo solicitado y cobrar nuestro pago».

«Es cierto».

«Bueno, pues, ya que todos estamos de acuerdo, ¿empezamos de inmediato?».

A medida que las palabras de Tulman calaban en ellos, los ojos de los ejecutivos, fijos en la comisión, comenzaron a brillar con avaricia.

«Empecemos con un pequeño reconocimiento».

Y, por supuesto, en los propios ojos de Tulman brillaba una profunda y insaciable codicia.

Aproximadamente dos semanas después de su partida hacia Asteria...

«Esto está delicioso...».

Alon, que una vez más estaba saboreando sus camotes, dio un mordisco y...

[¡¡¡Kraaaah! ¡Te dije que no me tocaras!!!]

—observó a Basiliora, que gritaba enfadado con la boca aún llena, y a Blackie, que lo ignoraba por completo y seguía dándole golpecitos juguetonamente.

Eso hizo que Alon pensara de repente...

«... Ahora que lo pienso, Blackie sigue absorbiendo esas entidades monstruosas, pero no parece que nada haya cambiado mucho».

Justo después de derrotar al Apóstol de la Pereza, Blackie absorbió a Krakscha, que se había convertido en polvo.

«Dijeron que se haría más fuerte devorándolos, pero ¿evoluciona de golpe?».

Mientras Alon reflexionaba mientras masticaba su camote, Blackie, que había estado atormentando a Basiliora, de repente volvió su mirada hacia él.

Luego, se acercó y comenzó a frotar su cara contra las piernas de Alon con afecto.

Al sentir esa inesperada muestra de afecto, Alon le acarició suavemente la cabeza, intuyendo que últimamente se había mostrado inusualmente cariñoso.



«Antes era más distante».

Aunque Blackie siempre le había tenido cariño, ¿alguna vez había sido tan cariñoso?

Mientras Alon se maravillaba de este cambio, Blackie continuó con su afecto juguetón, todo ello mientras echaba miradas furtivas al broche que colgaba del pecho de Alon.

Justo cuando Alon estaba a punto de inclinar la cabeza con curiosidad...

—Marqués.

Evan, que a diferencia de los demás había estado pelando una papa, lo llamó.

«¿Qué pasa?».

«¿Recuerdas esas organizaciones que mencionaste antes? ¿Las que, según informé, habían desaparecido por completo?».

«Ah, ¿esas?».

«Sí. Parecías un poco escéptico en ese momento, así que investigué un poco más y resulta que realmente han desaparecido.

Pero desde entonces, esa organización llamada «Mano Negra» ha estado causando estragos».

«¿Mano Negra?».



«Sí. Era uno de los nombres de la lista que me pediste que investigara y, al parecer, se han hecho bastante famosos».

«Hmm...».

Alon asintió con la cabeza mientras sostenía un camote.

La Mano Negra.

Era una organización con la que estaba muy familiarizado.

Se dedicaban principalmente al robo y al tráfico de personas, y en los recuerdos de Alon eran una increíble molestia.

Por varias razones.

En primer lugar, eran cobardes.

A diferencia de muchas otras organizaciones de Psychedelia, la Mano Negra nunca reveló su base de operaciones ni se enfrentó directamente a sus oponentes.

En su lugar, acosaban persistentemente a los jugadores por medios distintos al combate, lo que los hacía mucho más problemáticos de lo que cabría esperar.

Además, su estructura era celular.



Incluso si se eliminaba a un ejecutivo, la organización en su conjunto no se veía afectada en gran medida.

Además, independientemente del reino en el que comenzara un jugador, si su renombre aumentaba, la Mano Negra siempre iba tras él.

A menos que un jugador invirtiera en estadísticas específicas, al final del juego tendría que erradicar completamente a la Mano Negra, o de lo contrario se vería continuamente acosado por sus implacables intentos de saqueo.

Por esta razón, los jugadores de Psychedelia despreciaban absolutamente a la Mano Negra.

Especialmente aquellos que se negaban a distribuir sus estadísticas según el equilibrio previsto por los desarrolladores y, en su lugar, centraban todos sus puntos en configuraciones extremas con fines de juego de rol.

Para esos jugadores, la Mano Negra era especialmente detestable.

Naturalmente, Alon, que en una ocasión había perdido un valioso recurso que había reunido con mucho esfuerzo, también los odiaba.

«Me encantaría evitar tratar con ellos si es posible».

Pero, por el momento, no había forma de erradicar por completo a la Mano Negra.

Con un suspiro, Alon le dio otro mordisco a su camote.

«Mmm...».

El camote estaba delicioso.

Y entonces...

Pasó otra semana.

Cuando Alon casi había estabilizado la magia que había estado desarrollando junto a Penia, el carroje finalmente llegó a la capital del Reino de Asteria: Teria.

Y allí, esperándolo...

«Hola, mi señor».

«¿Yutia...?»

—era Yutia.

Con una sonrisa tan brillante y cálida como la luz del sol, Yutia inclinó la cabeza en señal de saludo.

Alon, observándola, le preguntó:

«No esperaba verte en Asteria. ¿Qué te trae por aquí?».

«Tengo algunas cosas que atender, pero antes que nada, necesito reunirme con la reina de Asteria».



Alon asintió con la cabeza.

No era particularmente inusual que un cardenal visitara a una reina.

Mientras tanto, la mirada de Yutia se posó en el broche rojo que Alon llevaba prendido en el bolsillo del pecho.

Una suave sonrisa apareció en sus labios mientras hablaba.

«Me alegra ver que llevas puesto el broche».

«Sería un desperdicio guardar un regalo como mera decoración».

«Me siento aliviado. Me preocupaba que simplemente lo guardaras».

«No te preocupes. Lo usaré mucho».

«¿De verdad?».

«Sí».

«Entonces, ¿me lo prometes?».

Con un gesto despreocupado, Yutia extendió su dedo meñique.

Alon, sonriendo levemente, enganchó su dedo meñique alrededor del de ella.

Tras intercambiar algunas palabras amables, los dos caminaron juntos hacia el castillo real de Asteria.

—Entra tú primero. Yo esperaré.

«Gracias por su amabilidad, mi señor».

Yutia inclinó suavemente la cabeza ante la consideración de Alon y luego se dirigió primero a la sala de audiencias.

Después de que pasó un rato...

«Marqués Palatio, ahora lo escoltaremos».

Por fin le tocaba el turno a Alon.

Un caballero, inclinándose cortésmente, lo guió.

Siguiéndole, Alon avanzó.

Y una vez más, en lugar de ser conducido a la sala de audiencias, lo llevaron a la oficina de Siyan.

«Ha pasado mucho tiempo».

«Saludo a Su Majestad».



Alon se inclinó respetuosamente.

«Siéntate primero».

Siguiendo la invitación de la Reina, Alon tomó asiento.

Siyan, con una expresión divertida, lo miró fijamente.

«Últimamente he vuelto a oír muchos rumores emocionantes. Como has venido a verme, supongo que también has estado en Greynifra».

«Sí».

Cuando Alon lo confirmó, Siyan asintió con satisfacción, pero luego cambió rápidamente de tema.

«Yo también tengo curiosidad por eso, pero primero hay algo que quiero preguntarte».

«Por favor, adelante».

«¿Usted y el cardenal Yutia...?»

Alon ladeó la cabeza, preguntándose por qué había salido de repente el nombre de Yutia.

«¿Enamorados el uno del otro?».



Y ante esas palabras inesperadas...

«¿Qué?».

Por un breve instante...

casi perdió la compostura.

Entre los ejecutivos de la Mano Negra, Foulton era conocido por poseer las habilidades de sigilo más destacadas.

En ese preciso momento, observaba al marqués Palatio desde un acantilado más allá de las murallas del castillo.

«A pesar de todos los rumores abrumadores, no parece nada especial».

Esa fue la primera impresión que Foulton tuvo del marqués.

Había oído muchos rumores sobre el marqués Palatio anteriormente.

Las historias coincidían.

Todas alababan su fuerza, afirmando que era tan poderoso que incluso aquellos que solo habían oído las historias no podían evitar sentir admiración.



Pero, al contrario que en esas historias, el hombre que tenía ante sí era frío y sin emociones, aunque por lo demás parecía bastante corriente.

No solo eso, a juzgar por sus propios estándares, las habilidades de Palatio tampoco parecían particularmente notables.

«Si lo comparo con un mago... como mucho, está en el cuarto nivel... No, quizás ahora en el quinto?».

Por supuesto, sabía que las apariencias no lo eran todo.

Aun teniendo eso en cuenta, el marqués parecía demasiado normal.

Una sonrisa burlona se dibujó naturalmente en los labios de Foulton.

«Si solo se trata de esto, no solo podría robarle, sino que podría acabar con él yo mismo».

Un comentario murmurado, lleno de tranquilidad.

Aunque no era del todo sincero.

Habiendo sobrevivido en los bajos fondos desde su infancia, Foulton nunca juzgaba a nadie solo por su apariencia.

Aun así, el hecho de que Palatio pareciera tan poco impresionante era bastante extraño.

«Hmm...».

Foulton dudó un momento.

«¿Planeas acabar con el marqués Palatio?».

«¿De quién más podría estar hablando?».

«¿Por qué te atreverías a intentar eso?»

Por costumbre, respondió con naturalidad a la voz que tenía a su lado:

«Este cabrón vuelve a hablar de manera tan informal. Estoy intentando llevar a cabo un gran trabajo y finalmente retirarme...».

Y entonces se dio cuenta de que algo iba mal.

En ese momento, estaba solo.

Había estado vigilando al marqués Palatio en secreto.

Es decir, no tenía subordinados cerca.

Se suponía que no había nadie aquí para preguntarle nada y, desde luego, nadie a quien él tuviera que responder.

Girando lentamente la cabeza, completamente confundido, Foulton los vio.



«Dime, ¿qué piensas hacer exactamente con el marqués?».

Mirándolo fijamente, con expresiones retorcidas en pura hostilidad, había un grupo de elfos.